

LA CASCABEL



NUM. 10. EPOCA TERCERA AÑO I.



La autoridad del barrio; (especialista en elecciones y en la cata de vinos).

REDACTORES

Bustillo (D. Eduardo). Paso (D. Manuel).
 Cavia (D. Mariano de). Pérez Zúñiga (D. Juan).
 Jackson Veyan (D. José). Sierra (D. Eusebio).
 López Silva (D. José). Taboada (D. Luis).
 Palacio (D. Eduardo de). Torromé (D. Rafael).
 París (D. Luis). Yráyoz (D. Fiacro).

COLABORADORES

Todos los buenos escritores festivos.

DIBUJANTES

Angel (D. Manuel). González (D. Melitón).
 Cilla (D. Ramón). Sáenz Hermúa (D. Eduar-
 do) (*Mecachís*).
 Escaler (D. Ramón).

Advertencia.—Queda prohibida la copia de los trabajos insertos en EL CASCABEL



—Indalecia, hoy es

día en que debe una moverse mucho; la procesión del *Corpus*, nos brinda con sus delicias; baja de la guardilla las colgaduras y ponlas en los balcones. Pero no te descuides y hagas lo que tu predecesora.

—¿Qué hizo, señorita?

—Pues nada; el año pasado dejó caer á la calle una colgadura, y quedó envuelto en ella de tal modo cierto transeunte, mozo de una confitería, que empleó media hora para desenredarse, y todos los dulces que llevaba en una bandeja se quedaron pegados á la colgadura.

—¿Tendrían Vds. que lavarla?

—¡Cá! Mis sobrinillos estuvieron lamiendo percalina durante un mes, y la dejaron como nueva.

—Bueno, señorita, pondré cuidado.

—Lo que has de hacer es ponerte decente en seguida; porque hay convidados muy madrugadores y debe estar todo prevenido. Ya sabes: en la bandeja negra, los mostachones del año pasado; en la de plata los que acabas de traer, por si viene la coronela Ruiz, y sobre la redonda seis copas limpias. Muy limpias, ¿eh? Mira que el año pasado sufrí un bochorno feroz. Tu antecesora se había dejado pegada en el borde de una copa, ¿qué dirás?

—Alguna miga de pan.

—No; una colilla de cigarro. ¡Fué á beber una señora, y se puso más encendida!...

—¿La colilla?

—No; la señora. Yo, toda avergonzada, no supe cómo disculpar á la bestia de la doméstica. ¡Gracias á que pasó en seguida el piquete de alabarderos y la víctima se distrajo con ellos!... ¡Ah!; conforme lleguen los invitados, les coges los sombreros y cualquiera otra cosa que traigan, y lo vas colocando todo sobre tu cama, ¿eh? Porque ya sabes que la percha no resiste cuatro chisteras de tamaño natural.

—Está muy bien.

—No tal. Está toda derrengada.

—Corriente. Lo haré todo como V. desea.

II

EN LOS BALCONES DE LA SALA

—Juanita; métase V. en ese rincón.

—Desde aquí lo veo bien, querida Tiburcia.

—D. Lesmes, no se quede V. atrás, que V. ve poco.

—Mil gracias. Estoy perfectamente.

—Pepito, ¿por qué no se va V. al balcón del comedor á ver la comitiva? Allí está mi criada sola y podrá V. verla á sus anchas.

—Con mucho gusto, señora. Por complacer á V...

—¿Y V., D.^a Paca? ¿Lo ve bien?

—Sí tal; pero si este caballero fuese tan amable que no siguiera metiéndome la rodilla por el costado, se lo estimaría mucho.

—Señora, es que no quepo aquí bien, y entre V. y la persiana me están menoscabando la levita.

—Amigos míos, yo siento que estén Vds. estrechos; pero...

—Nada de eso.

—¡Calle V. por Dios!

—Lo vemos divinamente.

—Atención, que ya viene la Guardia civil.

III

EN EL BALCÓN DEL GABINETE

—Casilda, si no mirase que estamos en casa extraña, te rompía las muelas... ¡infame!

—Nicasio, cállate por Dios; que se oye todo desde los otros balcones.

—No quiero callarme, porque ya llueve sobre mojado. ¡Esposa infiel, inícuca, monstruosa!...

—Pero si yo no...

—¡Silencio! ¿Me negarás que has estado sonriéndote con aquel comandante gordo?

—¡Qué ridiculeces tienes!

—¿Crees que no he visto la seña del pollo del estandarte?

—Tú ves visiones, Nicasio.

—¿Llamas visión al concejal que te ha mirado y ha tosido al pasar?

—Hombre, calla, por Cristo. ¡Qué dirá la señora de la casa!...

—Que eres una coqueta, ¡una esposa criminal!

—¡Ay! ¡Ay! ¡Yo me pongo mala! ¡Úf! ¡Socorro!

Casilda cae sobre una silla; pero ésta cruje y se des-

morona, dando en tierra con el cuerpo de la desmayada señora.

El marido, fuera de sí, lanza tres interjecciones horribles, se arranca un respetable número de pelos, y no queriendo soportar allí situación tan crítica, corre en busca de su sombrero; no lo halla en la percha; coge, ofuscado, el ros de un capitán de inválidos, y poniéndoselo del revés, abandona la casa y se abre camino por la calle, prodigando empujones y derribando media banda de cornetas que á la sazón sopla bajo los balcones de D.^a Tiburcia.

IV

LA PROCESIÓN ANDA POR DENTRO

Al poco rato, Casilda, á quien han ido rociando el rostro con agua todos los asistentes, vuelve en sí, pregunta dónde está, se lo cuentan cé por bé, y sus nervios se normalizan gracias á una taza de flor de malva y á un plato de calamares que D.^a Tiburcia le hace tomar *incontinenti*.

De nada sirve que pasen por la calle en aquellos momentos el gobernador civil, las comisiones del ejército y los caballos empenachados. Sólo fijan su atención los amigos de D.^a Tiburcia en la consorte del celoso fugitivo; y aunque ella asegura que ha recobrado ya el conocimiento, nadie lo cree y todo el mundo se desvive por servirle agua, tomarle el pulso, darle golpes en la nuca y aflojarle las ropas hasta la exageración.

¡Morrocotuda serie de maldiciones llovió sobre el marido salvaje, que aún continuaba en la vía pública luchando con las masas y sufriendo en el usurpado ros infinito número de puñetazos!

En esto un ruido extraño, procedente del comedor, sembró el espanto en la sala de recibo.

D.^a Tiburcia, triscando por el corredor como un cordero, se precipitó á ver lo que ocurría, seguida de todos los circunstantes, y el espectáculo que se ofreció á su vista no es para contado.

Recordarán mis lectores que un tal Pepito fué á colo-

carse, á instancia de D.^a Tiburcia, en el balcón del comedor, donde sólo se encontraba la Indalecia.

Pero la buena señora no sabía que, casualmente, mediaban entre la criada y Pepito antiguos resentimientos, producto de amores mal hilvanados, y con la mejor de las intenciones provocó el mayor de los conflictos.

De las palabras habían pasado á los pescozones los que un día fueron tiernos amantes, y al presentarse doña Tiburcia en el comedor, amigo y criada rodaban por el suelo bañados en el almíbar de un tarro que se había derramado encima de ellos cuando chocaron contra el aparador.

La confusión que allí se armó fué de primer orden. La mujer de Pepito, abalanzándose sobre la Indalecia, la rompió seis dientes con una compotera, mientras él, pugnando por levantarse, se enredó en los tobillos de un archivero jubilado, que, al perder el equilibrio, cayó sobre la hermana de D.^a Tiburcia, estropeándola un vientre que hasta entonces había permanecido incólume.

Entre tanto los niños de otro tertulio, dueños absolutos del abandonado salón, concluían con los bizcochos de antaño y de ogaño que en las bandejas quedaban, no sin que se atrancara en el gahnate del niño más pequeño uno de los bizcochos más grandes y pusiera en peligro la vida del infeliz. Fué preciso llamar al barbero del entresuelo, que sobre ser un consumado ventrílocuo, no es rana en materia de cirugía, y logró que el bizcocho tomase carrera hacia el estómago de la criatura con ayuda del espadín del capitán de inválidos.

Los amigos de D.^a Tiburcia, bien repletos de emociones fuertes, fueron despidiéndose de la señora de la casa y jurando no volver allí jamás en día de procesión.

D.^a Tiburcia, por su parte, tan desazonada quedó con los referidos sucesos, que renunciando para siempre á aquellos balcones tan codiciados en ciertos días, se mudó á un cuartito interior con vistas á un pozo, y allí vive disfrutando una tranquilidad envidiable y una preciosa bata de percalina procedente de sus ya inútiles colgaduras.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

CUESTIÓN DE FORMA

Yo salía detrás, por el pasillo,
y al llegar á un rincón ó una revuelta,
la cogí por el talle tan flexible
y le dí dos abrazos á Enriqueta.
Yo no sé lo que dijo la muchacha;
sólo ví que su madre estaba alerta,
que observó el movimiento sospechoso
y se puso de pronto hecha una fiera.
—¡Váyase V. al momento, descarado!
me dijo señalándome la puerta.
Esa acción indecente, y en mi casa,
es indigna de V. ¡Poca vergüenza!

¿Qué se ha creído V., que así se coge,
sin más ni más, á una muchacha honesta
y se abraza, atrevido, su cintura,
sin respeto al pudor y á la decencia?
Y sin más miramientos, la señora,
que riñendo llegó hasta la escalera,
me plantó de patitas en la calle
y sin decirme ¡Adiós! cerró la puerta.

Han pasado tres meses desde entonces
y la madre, de fijo, no se acuerda

de que fuí despedido de la casa,
 pues me saluda siempre que me encuentra;
 y ayer, sin ir más lejos, por la noche
 la encontré, acompañada de Enriqueta,
 en un baile que daba en sus salones
 una dama *gentil* de la grandeza.
 ¡Qué lujo! ¡Qué esplendor! ¡Cuánta elegancia!
 ¡y qué dulces acordes en la orquesta!
 Preludiaron un vals, y yo en seguida,
 veloz como el disparo de una flecha,
 me dirigí á la chica que, por cierto,
 estaba deslumbrante y hechicera

con un traje escotado, vaporoso,
 de ricas blondas y crugiente seda!...
 ¡y unos ojos lo mismos que dos moras,
 y una boca lo mismo que una fresa!

.....
 ¡Bailamos sin descanso... muy juntitos!
 ¡Bailamos sin cesar la noche entera!
 Yo la estreché á mi gusto entre mis brazos,
 sin respeto al pudor... ni á la decencia,
 y la madre decía: —¡Qué bien baila!
 y la chica exclamaba: —¡Cómo aprieta!

FIACRO YRÁYZOZ.

PEROGRULLADAS

Voy á decirte una verdad, y es esta:
 No vale nuestra vida lo que cuesta.

CAMPOAMOR.

A veces, cuando estudio ó cuando escribo
 á la pálida luz que da una vela,
 distrayéndome un poco del trabajo
 me suelo hacer las reflexiones estas:
 —Todo el mundo no vale un perro chico,
 y conviene llevarlo por montera;
 niños los hombres son eternamente
 al principio y al fin de la existencia,
 y ninguno hace más que chiquilladas;
 la vida es un montón de triquiñuelas.
 La vela se consume poco á poco;
 el ver cómo se apaga da tristeza;
 pero ¿me debo preocupar por esto?
 ¡Con mandar por más velas á la tienda!
 Para gastarme con su luz los ojos,
 pongo en el candelero vela nueva
 y dura nada más que algunas horas;
 pues la vida es así, como la esperma.
 Tarda poco en dar luz y la da escasa,
 se gasta pronto y se termina entera.
 Los hombres como velas se consumen
 y Dios por otras mandará á la tienda...
 ¿Qué vale, pues, la vida? ¡Poco ó nada!
 Ha de durar lo que una luz apenas.
 ¡Y en tanto, en el espacio ilimitado
 la eternidad enciende sus estrellas!

* * *

Luego vuelvo al trabajo... ¡y me preocupo
 por encontrar confusas las ideas,
 porque no sale bien una cuartilla,

por otras naderías como estas!...
 ¡Ah, sabios y filósofos del mundo!
 ¿Qué valdrán vuestros libros, vuestra ciencia,
 mientras no sepa el hombre á pie juntillas
 que la vida no vale lo que cuesta?

* * *

El amor, el placer, los desvarios,
 todas las alegrías y las penas,
 se pasan muy aprisa, tan aprisa
 que duran todas menos que la cera.
 Como las nieves á las altas cumbres
 con los rigores del invierno llegan,
 á esmaltar las montañas y los llanos
 las flores tornarán en primavera,
 y antes las nieves y después las flores
 vendrán y morirán en cuanto vengan.
 ¿Me diréis que estas son perogrulladas?
 ¡Bien! Pero son verdades tan perfectas,
 como la gran verdad de los artistas:
 «que aquí no hay más verdad que la belleza».

* * *

Anchos parques, espléndidos jardines,
 palacios, centros de brillantes fiestas,
 ¡id todos á decir á nuestro dueño
 que la vida no vale lo que cuesta!
 Basta ya, pues, de penas y fatigas;
 basta de quebraderos de cabeza...
 ¿Que son velas los hombres? ¡Pues, entonces!...
 ¡Duérmase el mundo, apáguense las velas!

RICARDO J. CATARINEU.



Llegó,



vió



y...



dió.

No precisamente en el blanco, pero sí en el negro.

REPUBLICANA DE VILLALBA

Dulces finos de aguas vivaces. — Calientes y salzados. — Bombones de chocolate. — Cajas para quinitas cremas. — Fondant postre. — Napolitanas de chocolate. — Cajas para objetos varios de China y del Japón.

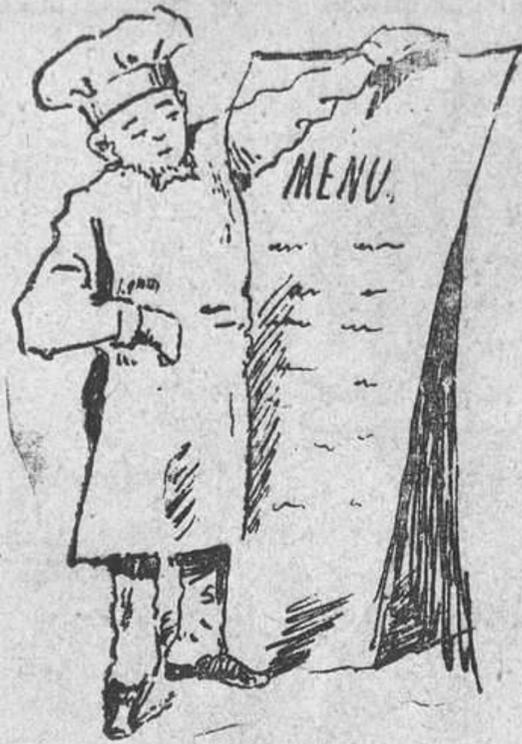


Permita Dios que *sus* vea
cuando te cases con él,
trotando en la Castellana
en caballos de alquiler.



En tí puse mi querer
y me distes la tostada.
¡Malhaya sean los hombres
que sólo tienen fachada!

MENÚ, por Luis Pardo.



Sesos fritos.



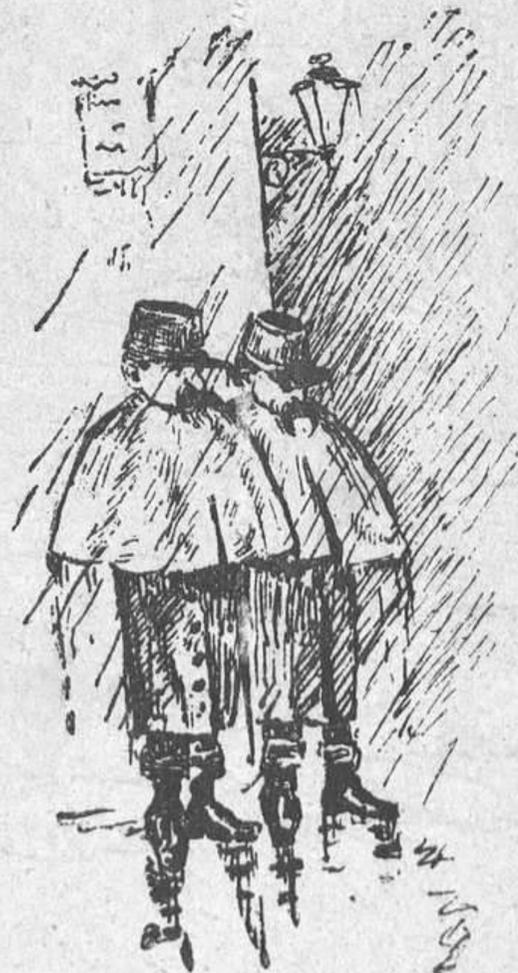
Truchas.



Rosbiff á la inglesa.



Bacalao al natural.



Un par pasado por agua.

ANIMALES DOMÉSTICOS

Soy el amigo de los perros.

Adonde voy me capto las simpatías de cuantos canes habitan en la casa ó en el establecimiento.

A las veces, dudo entre si habré sido perro ó si ellos habrán sido hombres.

Solamente así pudiera explicarse esta corriente de simpatía.

Pero aborrezco á los gatos y no me interesan las gallinas.

En estas aficiones hay diversidad de caprichos y de pareceres.

Aficionados á perros y enemigos de gatos.

Protectores de gatos y enemigos de perros.

Amigos de perros y gatos, que odian al mismo tiempo á las personas.

Hombres conozco, que si vieran maltratar á un perro de su propiedad, asesinarían al agresor.

Mujeres andan por el mundo que entre el marido respectivo y el perro, optarían siempre por el segundo.

Una de éstas, declaraba ingenuamente que prefería ser viuda de Muzquiz, su esposo, á serlo de Alí, su perro *di camera*.

Otras y otros no manifiestan afecto á perros ni gatos; pero se entusiasman viendo cómo se arrullan las tórtolas de *i due sexi*, ó cómo crían los canarios, ó escuchando el coro de ruiseñores enjaulados.

No faltan aficionados á grillos, á esos violinistas naturales y siempre enlutados, como para asistir á un funeral.

Para que haya de todo, he conocido á un caballero que dedicaba sus ocios á la enseñanza libre de pulgas.

No supe si llegó á conseguir que resultase alguna sabia, pero sí que le expulsaban de todas partes por la cantidad de ellas que le acompañaba.

Ni las denominaba pulgas siquiera, sino educandas.

En su vecindad nadie podía vivir, y hubo día en que se amotinaron los vecinos y trataron de cazarle al grito de:

—¡Muera el tío de las pulgas!

He asistido también á la representación de una trajedia casera.

D. Manuel era un amante de los pájaros en general, y de los canarios en particular.

En su pasión por los canarios, todo lo abandonaba por vivir entre ellos.

Los consideraba como á hijos.

Vestía para andar por casa un terno de percal amarillo y un gorrito blanco, para imitar al canario.

Parecía, efectivamente, un mamarracho.

No leía más que á Pérez Galdós, por ser canario, ni estaba conforme en política más que con León y Castillo, por lo mismo.

Vivía para ellos (para los canarios, digo).

Observaba escrupulosamente sus movimientos, y eran los menores accidentes de la vida íntima de los pájaros, motivos de profundas meditaciones para él.

Los conocía por familias, y hubiera podido trazar el árbol genealógico de memoria, sin consultar documentos, aunque los tenía.

Porque decía con frecuencia:

—Esto, *mur si piave*.

Quería decir *Pur si muove*.

Pero significando para el padre de los canarios:

—Por si acaso.

—Puedo morir de repente como tantos otros —añadía, —y quiero que mis hijos sepan lo que les queda, no cometan alguna arbitrariedad con los inocentes pajarillos, y den á cada cual lo suyo, porque entre los canarios hay diferencias esenciales, como entre los hombres y entre los jilgueros y demás volátiles.

Pero no hay dicha duradera, y D. Manuel disfrutó poco tiempo de la que le proporcionaba su pajarera.

¡Qué hermosa estaba la habitación!

D. Manuel, sin permiso del casero, había levantado los baldosines del piso de la sala, reemplazándoles con una capa de tierra y otra de arena, que daban un espesor total de un palmo, por lo menos.

En el centro había plantado un árbol en una cubeta, y otro árbol en cada ángulo de la sala.

Condenó todas las puertas y los tres balcones, con mallas de alambre, para evitar torcidas interpretaciones.

Digo, para evitar fuga de *vocales*.

Procuraba conservar la misma templada temperatura en todas las estaciones del año, valiéndose de estufas en una y de ventiladores en otra.

En un lienzo de pared *edificó* una fuente con agua constante.

Por fin, que según los mismos canarios, la ilusión era completa.

Se creían libres y en un jardín ameno y deleitoso.

No decían lo que pensaban de su amo; pero es de suponer que rieran á su costa.

Llegó un día terrible para D. Manuel y familia.

Un mes haría que se habían mudado á la casa dos oficiales del arma de infantería, solteros, sin más que los asistentes y algunos muebles, ó por lo menos, de nadie más se sabía.

Un día, cuando D. Manuel subió desde su establecimiento de ultramarinos á la pajarera, advirtió con terror que faltaban algunos pájaros.

Registró tembloroso y colérico la sala-jardín, y vió que una de las alambreras de un balcón estaba casi desprendida.

—¡Se han escapado!—exclamó.—¡Ingratos! ¡Abandonar así al autor de sus días y de sus noches! ¡A mí, que todo se lo sacrifico: juventud, presente y porvenir!

Pero examinando la habitación cuidadosamente, y después de asegurar la alambarrera y de interrogar á los canarios que quedaban, con una oración que partía los corazones, encontró esparcidas por el suelo varias plumas y una cabecita amarilla y correcta, que él reconoció:

—¡Pipí! ¡La cabeza de Pipí!—gritaba enternecido, recogiendo y besando aquel interesante despojo.—¡Tú, el más inteligente, el más discreto entre todos, morir de esa

manera! Y no os ofendáis, queridos hijos, que siempre perece el más querido, el más desgraciado. ¿Qué ha sido esto? ¿Quién es el miserable?...

Cuando creyó dejarlo todo corriente, salió como un león para averiguar el paradero del infame salteador, suponiendo que fuera algún gato.

Pero todo le resultó inútil.

Sin embargo, quedaba á D. Manuel el último golpe.

Ocho días después, cuando entró en la pajarera, todo había concluido.

El malhechor había abierto brecha por el mismo sitio. Cuando á los gritos de D. Manuel acudió la familia, ya era tarde.

El infeliz había fallecido, víctima de un derrame seroso, y en la pajarera de sus menores.

Mientras, los tunantes de los asistentes celebraban la hazaña de Molke, un *bull-dog* que había regalado un amigo al capitán Meléndez.

EDUARDO DE PALACIO.

LAS MAÑANITAS DEL RETIRO

Llegó el deseado Junio
con sus frutos sabrosísimos,
sus espléndidas mañanas,
sus crepúsculos tranquilos;
brilla más azul el cielo;
es el ambiente más tibio;
vuelan entre la espesura
los templados cefirillos;
los pájaros y las pájaras
comienzan á hacerse mimos,
saltando de rama en rama
y juntando los piquitos;
gozosos lanzan al viento
sus más armoniosos trinos,
jilgueros y ruiseñores,
verderones y pardillos;
los horteras inauguran
las mañanas del Retiro;
se comienzan las verbenas;
cantan los primeros grillos;
vienen los primeros granos
á deformarnos el físico,
y nuevamente principia
el reinado del botijo.

*
* *

D.^a Dolores de Muelas,
señora de horca y cuchillo,
y madre de cuatro hijas,
feas como cuatro tizos,
largas como cuatro postes,
flacas como cuatro hilos,
llamadas Pepa, Corina,
Transfiguración y Olvido,
se va todas las mañanas
con ellas al Buen Retiro,
y en la fuente de los Gansos,
que es un delicioso sitio,
halla á sus futuros yernos,
cuatro chicos *entrefinos*,
que caminan lentamente
hacia el gremio de maridos,

si antes no les coge un toro
ó leen versos de Grilo.
Pepa adora á Timoteo,
un joven bastante tímido
que estudia cuarto de leyes
y tiene voz de barítono;
la interesante Corina
suspira por Aquilino,
un muchacho del comercio
y además poeta lírico,
que en la temporada próxima,
según nos ha prometido,
leerá en el Ateneo
su poema *Los Cabritos*;
Transfiguración, se muere
por el joven Primitivo,
un ex-tiple de capilla
y sablista á domicilio,
capaz de darle un sablazo
al *Verbo*, si le halla á tiro;
y Olvido sueña con Lucas,
un literato aburrido,
que harto de recibir *palos*,
se va á dedicar á crítico,
y va á fundar un periódico
para zurrar de lo lindo.

*
* *

Diciéndose atrocidades
y tirándose pellizcos,
en tanto que D.^a Lola
duerme á la sombra de un *lilo*,
pasa veloz la mañana
y se divierten los niños.

*
* *

Estos felices paseos
dan resultados magníficos;
unos acaban en boda
y los otros... ¡en bautizo!

MANUEL SORIANO.



«Ni en España ni en Europa—dice un diario—hay nadie que no conozca al Sr. Cánovas como pensador y como literato.»

Sí, como literato en general y como poeta en particular.

Conocemos cuando escribe, porque se ausentan las Musas y el Parnaso tiembla.

De emoción, por supuesto.

*
**

Felipe una manzana se comió,
y al momento de cólico murió;
y por otra manzana, á D.^a Clea,
en diez minutos, la llevó Pateta.
Esto demostrará, lector querido,
que la manzana *es fruto prohibido*.

TOMÁS REDONDO.

*
**

Dice un periódico, reseñando el orden de la procesión del Corpus:

«Seguía la imagen del apóstol Santiago.

Diez y seis guardias de gala y un teniente de alcalde.

La música tocaba el *himno del torador* de la ópera *Carmen*.»

Suponemos que dicho teniente sería llevado en andas y adornado con banderillas de fuego.

Pero el himno, ¿se lo tocaban á él, ó al apóstol Santiago?

*
**

Te prohíbe darme un beso
el confesor, ¿no es verdad?
Pues pregúntale si eso
es envidia ó caridad.

Si como dice Bécquer, es posible
besar con la mirada,
al mirarte en la calle, ¡cuántas veces
he besado tu cara!

ALBERTO LOZANO.

*
**

Libros:

Reglamento vigente para las corridas de toros.—Aprobado por el Gobierno civil y anotado por D. Leopoldo Vázquez.

Este librito, utilísimo para los buenos aficionados al arte, se vende al precio de 1 peseta en la librería de los Sres. Escribano y Echevarría, Plaza del Angel, 12, y en las principales de Madrid y provincias.



Tomasito.—Lo que V. ve, y nada más.

Sr. D. J. R. R.—Madrid.—Muy traídos y llevados los asuntos.

Bartolumé.—Eso lo ha copiado usted, mi señor *Bartolumé*.

K. T. Q. Meno.—El cuento del cuerno se conoce hasta en *Cochinchina*, y el otro no tiene punta. (El otro cuento, ¿eh?, no el otro cuerno.)

Perfil.—¡Pero qué mal escribe V., *infelice!* Mire, mire:

«Él, hacer no sabe nada;
de la cama se levanta,
á las once de la mañana;
seis copitas se soplabá.
A las seis venía á casa
á contar sus gracias.

(Por poca que tuviera...)

A los señores que como éste son,
yo con mil amores les daría un coscorrón.

Y alfalfa; sí, alfalfa, para ellos y para V.

Sr. D. D. C.—Madrid.—Bueno; ahora lo que falta es que pase la oportunidad. En fin, veremos.

Cas K. bel.—Bien hechos; pero sositos.

Sr. D. A. L. A.—Sositos, aunque bien hechos.

K. Milo.—¡Cuán doloroso es decir lo mismo á tres personas distintas!

Ris-Quis-Pis-Quis.—¿Usted creyó que tenían gracia esas tonterías? Pues, nada: ni me reí siquiera.

Vaquero.—¿Artículos? No. Y con pseudónimo mucho menos.

Estévez.—Decae extraordinariamente al final, y lo siento, porque tiene bastante ingenio.

Peteneras.—Asonantan á veces los versos pares con los impares, y los impares entre sí. Ya ve V., ¡en romancel...!

Fray Anselmo.—Según mi humilde opinión debe V. ser un melón.

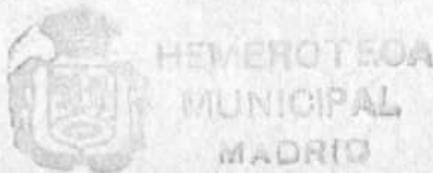
¡Me parece que con más franqueza!...

Sr. D. C. F. J.—«Comí la sopa con queso
el cocido con gallina,
un bote de pimientos
y unas cuantas golosinas.»

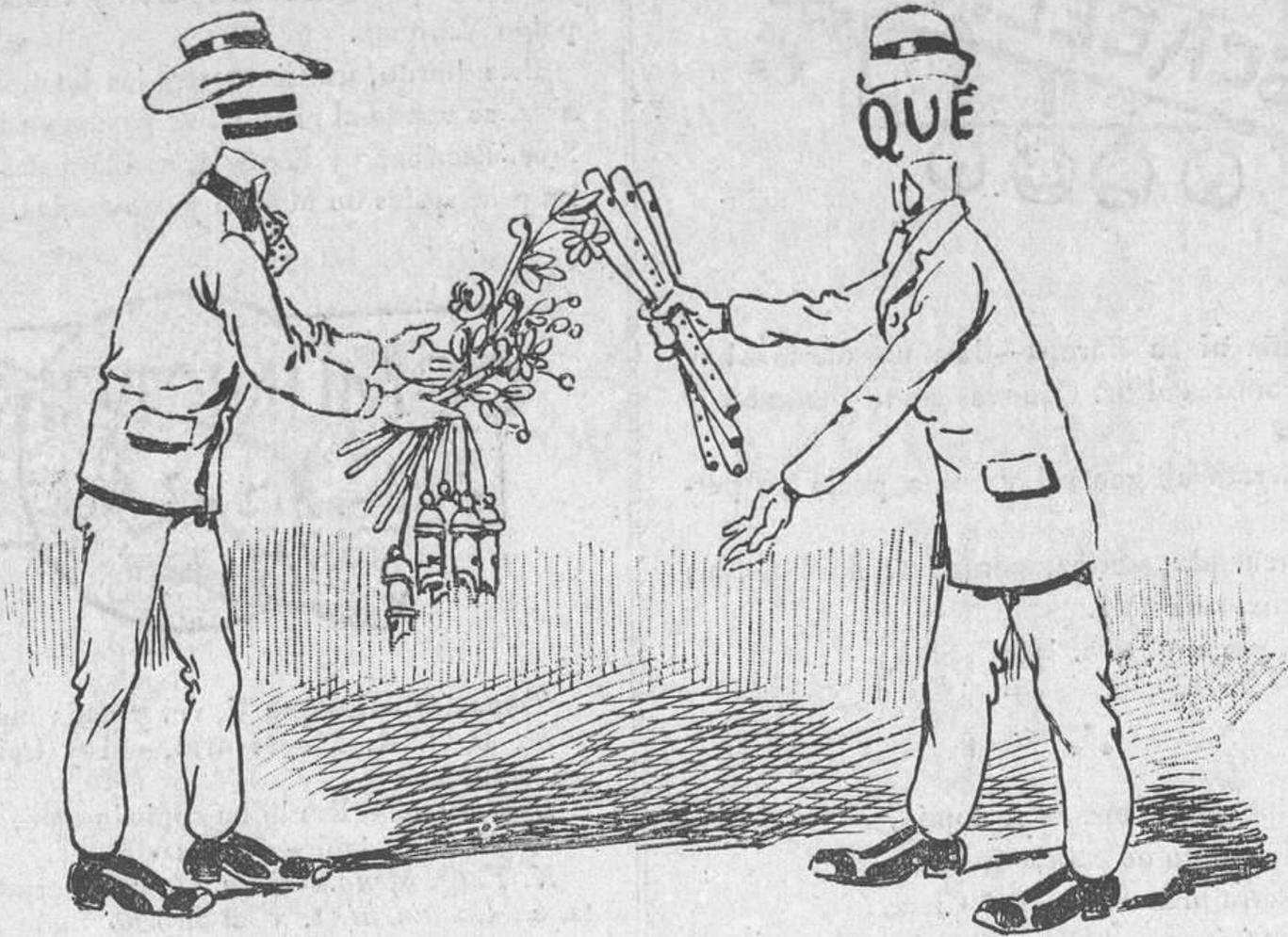
Y á continuación nos remitió la descripción del *banquete* para que se nos *hiciera la boca agua*. ¡Pero, qué pillol!

Sr. D. G. S. P.—No sirve.

VIUDA É HIJOS DE LA RIVA, impresores de la Real Casa,
calle de San Isidro, 6 duplicado.—Teléfono 260.



JEROGLÍFICO



La solución, en el número próximo.

ANUNCIOS

EL CASCABEL
SEMANARIO SATÍRICO ILUSTRADO

Se publica todos los jueves y está redactado e ilustrado por los mejores escritores y dibujantes españoles.

Precios de suscripción en toda España: Trimestre, 1'50 pesetas; semestre, 3; año, 6.
Extranjero y Ultramar: semestre, 6; año, 10.
Precios de venta: Número suelto ó atrasado, 10 céntimos.

A vendedores y corresponsales, 6 céntimos.
No se admiten suscripciones por menos de un trimestre, y las de fuera de Madrid, así como los números atrasados, no se servirán si al pedido no se acompaña su importe en letras, libranzas ó sellos de franqueo.

A los señores corresponsales se envían las liquidaciones á fin de mes ó de trimestre, según la cuantía, y se suspende el paquete á los que no paguen antes del día 10 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de San Isidro, 6 dup.^o
(Teléfono 260.)

Horas de oficina: todos los días de 10 á 5.

PUNTO CENTRAL DE SUSCRIPCIÓN

LIBRERÍA DE DON FERNANDO FE
Carrera de San Jerónimo, 2.

EL ÁGUILA

GRAN BAZAR DE ROPAS HECHAS

3 — Preciados — 3

CARLOS PRAST

CONFITERÍA Y ULTRAMARINOS

8—ARENAL—8

(Teléfono núm. 283.)

LA AMUEBLADORA

La especialidad de esta casa son los cuartos de dormir, despachos y comedores.

Gran surtido de toda clase de muebles.

117—Calle Mayor—117

A. PORRAS

DENTISTA

22—Arenal—22

DE BALDE

casi, realizamos un inmenso surtido de camas inglesas y del país, y los tan renombrados colchones de muelles que hace esta casa.

¡¡¡Novias, aprovecharse, que ahora es la ocasión!!!

Plaza de la Cebada, 1.

JUAN MÁRQUEZ

PRIMERA CASA EN SALDOS

Precios sin competencia

Maldonadas, 9, pral.

LINOLEUM INGLÉS

(HULE DE CORCHO PARA PISOS)

Grande y variado surtido se acaba de recibir á precios de fábrica. Persianas y esteras finas, bonitos dibujos á precios económicos.

26—CABALLERO DE GRACIA—26